

Alta sensibilidad

Isabel Palomeque



Plataforma Editorial
Barcelona

Prólogo

La noche del 28 de febrero de 2004 yo era una chica de poco más de veinte años. Me encontraba en las puertas de la llamada «vida de verdad», después de entregarme de forma monacal a lo que hacen todos los jóvenes: estudiar, trabajar y disfrutar. Me recuerdo a mí misma en esta sucesión un día tras otro. Cursaba un postgrado de enfermería por la mañana, salía corriendo a la clínica de cardiología para conseguir algo de experiencia laboral e iba de fiesta cada noche que podía. Además, había conocido el amor, el de verdad, en un amigo y compañero, que ahora representaba todo y nada para mí. Amaba pero, al mismo tiempo, estaba dispuesta a abrir las alas y salir corriendo hacia otro destino, otro país, y tomar las decisiones más arriesgadas del resto de mis días.

Así imaginaba yo mi futuro aquella noche, riendo con compañeros del trabajo, haciendo bromas estúpidas porque siempre hacía la payasa y me encantaba el papel de animadora oficial, que me había asignado a mí misma. Cenábamos y reíamos inconscientemente. Me sentía atractiva y coqueteaba con mi chico, el cual no apartaba la vista de mí. Ni la apartaría cuando parte de la musculatura de mi rostro

se destensó en pocos segundos y, a continuación, mi brazo y mi pierna derechos fallaron al mismo tiempo, mientras que de mi boca comenzaron a surgir balbuceos sin ningún sentido. ¿Una broma más de Isabel? Mis amigos me miraron con desconfianza sólo durante un instante; siendo enfermeras y médicos enseguida se dieron cuenta de que, por desgracia, no bromeaba.

Con veinticuatro años estaba punto de comenzar la gran década de los hechos vitales de cualquier persona: consolidar mi carrera profesional como enfermera de Unidad de Cuidados Intensivos (UCI), decidir el sentido de mi vida amorosa, casarme, quizás tener algún hijo... Un ictus, un accidente vascular del cerebro, comprimió esta década en pocos minutos, marcando un camino bastante distinto del que yo me había imaginado.

La gran frase «el resto de mi vida» perdió todo su sentido aquella noche en la que mi cerebro, probablemente afectado desde mi nacimiento, comenzó a sangrar. La hemorragia se llevó por delante lo más preciado, mis neuronas, y con ellas, mi independencia –al menos de forma temporal– y el proyecto vital en el que había estado trabajando hasta el momento como una niña, una adolescente y una jovencita ajena a cualquier obstáculo más allá de superar un examen.

Sobreviví al ataque, al coma, a las infecciones y al aislamiento que fueron los auténticos protagonistas de mi vida en los meses siguientes. Isabel había quedado atrás, tal como yo la había conocido hasta entonces. El rostro que se miraba en el espejo y se reconocía con satisfacción había muerto y,

Prólogo

en su lugar, aparecía otra persona, dolorida, deforme, inválida y, sobre todo, envejecida. Ahora me llamaba Lebasi (mi nombre al revés) porque me sentía como si alguien me hubiera puesto al otro lado del espejo, invertida y en una dimensión absolutamente tergiversada de la realidad.

Había crecido de golpe, pasando por mi muerte y mi resurrección, y lo que tenía por delante sólo dependía de mí y de la lucha que estuviera dispuesta a plantar desde aquel momento.

Desde el momento en el que pude abrir los ojos y mi mundo ya no era tan sencillo como el de una niña.